

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Subscripción.—En la Península: Un mes, 1.50 ptas.—Tres meses, 4.50 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 id.
La subscripción se continúa desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 24.—Administración, Mayor 18.

Condiciones.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales.
París, Mr. A. Lorete, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.
La correspondencia al Administrador

LECCIÓN DURA

Artículos como el que ayer publicó «La Tierra», con la firma de José de Cartagena, no pueden ser comentados más que en serio.

Expresárase así siempre el colega; usaran de tales y tan templados términos los que en él escriben, los que se llaman partidarios del bloque, los amigos del señor García Vaso, y la contienda entonces se elevaría a las serenas, puras y fructíferas regiones de los ideales y de los principios, en las que cada uno sostendría con el entusiasmo, con la valentía y el ardor que presta el íntimo convencimiento, sí; pero con la nobleza y los respetos que nuestra condición racional nos impone también, los intereses políticos que de las respectivas creencias pudieran derivarse.

Lucha sin cuartel, sí; pero sólo en el terreno de las ideas. Fuera de ellas, sea el hogar propio de cada combatiente, el más seguro asilo para su contrario; sean sus manos las primeras en defender su vida, y su nobleza, la mejor salvaguardia de su honra.

Estas reflexiones, obligado corolarlo del precitado artículo, nos han hecho comprender que esos *sordos* á quienes José de Cartagena se dirigió son precisamente los llamados amigos del señor García Vaso, quienes asimismo y merced á sus procedimientos y sistema son, sin darse cuenta de ello, sus mayores enemigos.

Así lo debe haber comprendido también el propio interesado, y por eso creemos que, más aún que para celebrar lo de la manifestación de lo que no puede hablar con menos entusiasmo;—más que para defender las gestiones y propósitos del bloque; más que para predecir sus futuros éxitos electorales; más que para desengañar á los que él supone esperanzados en la intervención del Sr. Conde de Romanones; más que para confesar, por primera vez, lo que estaba en el convencimiento de todos, esto es: que tan ilustre procer—verdadero cacique máximo, ayer, hoy y, al parecer, mañana, de esta circunscripción, en cuya muerte no obstante no ha pensado ni pedido nunca el bloque, cuando clama-

ba por la del *caciquismo*,—fué otro de los auxiliares, el más importante y decisivo quizás, del conglomerado cartagenero de las izquierdas el día 12 de Diciembre último; más que atraerse elementos que hasta hoy sólo ha podido considerar como enemigos; más que para poner la primera piedra sobre la que cimentar la concordancia de todos los partidos y restablecer el rudimentario precepto de Derecho internacional que impone el respeto personal mutuo á los beligerantes; más que para todo eso y por encima de todo, lo que José de Cartagena se ha propuesto con su artículo es dar una lección,—dura muy dura; pero muy en su punto también,—á sus propios amigos, haciéndoles comprender que pueden predicarse doctrinas, defenderse programas, rechazar ataques, por injustos que estos sean, y combatir enemigos, sin necesidad de recurrir á *chavacanerías*, sin concitar odios y avivar pasiones que sólo radican en el apetito sensitivo, jamás en el racional.

Dura ha sido la lección; pero no basta: la misión del maestro no es sólo dar lecciones, sino hacerlas aprender.

Sólo hay un extremo en el artículo que comentamos que acusa falta de sinceridad. Es un detalle que no afecta á lo esencial; pero, en fin, lo cierto es que existe.

Y es que José de Cartagena no se da por enterado de lo de la manifestación hasta el día 14, ó sea el viernes, cuando dice: «*Hoy hemos sabido aquí*» (escribe desde Madrid y fecha el indicado día) *el resultado de la sesión última de ese Ayuntamiento y el acto de adhesión y simpatía que hizo al bloque*, etc. etcétera.

Y es de extrañar que hallándose ahora en Madrid, también el señor García Vaso, no diese conocimiento antes del día 14 á su inseparable José de Cartagena, de la conferencia telefónica que celebró con el Sr. Carrión momentos después de la manifestación, ni de los numerosos telegramas que, según «La Tierra» le dirigieron sus amigos y admiradores la noche misma del miércoles, felicitándole por el resultado del indicado acto.

Pero, en fin; ya decimos que esto es un detalle *peccata minuta*. Lo esencial, es la lección que José de Cartagena, ha querido dar á los

amigos, suplentes ó sustitutos, del Sr. García Vaso.

Ahora, sólo resta desear que el maestro haya obrado á impulsos de un sentimiento sincero, que equivaldría en este caso á un arrempenimiento; que la enseñanza aprovechada á los que va dedicada; y que los de *enfrente*, no consideren tardío este acto de contricción del *inseparable* del Sr. García Vaso.

Un escándalo

Madrid 17-9 m.

Dicen de Mérida (Badajoz) que al arrancar el tren de los clericales un cura hizo ademanes incorrectos.

El público se lanzó al vagón, intentando asaltarlo y apedreándolo.

Un católico sacó un revólver, pero la pedrea le hizo esconderse en el vagón.

La policía evitó tuviera la colisión mayores consecuencias.

EL GENICIENTO

OTRO ÉXITO DEL BLOQUE

Este de que vamos á ocuparnos hoy y que pasó totalmente desapercibido, es el *geniciento* de la serie de los alcanzados por el bloque, y del que nadie ha hecho caso, incluso «La Tierra» que no se dignó dedicarle al pobrecito ni una mala línea no obstante prodigarlas tanto.

Qué, ¿á cual nos referimos? ¡Calma, calma, señores! que antes de dar contestación á pregunta tan natural, precisa que expliquemos el por qué de habernos acordado de él. Repasando la prensa madrileña, leímos y copiamos:

SENADO

Sesión del día 13 de Octubre de 1910
ORDEN DEL DIA

Se aprueba el dictamen de la comisión, acerca del proyecto de ley, cediendo el Ayuntamiento de Zamora el cuartel viejo de caballería y el Pajar del Rey.

Y esta noticia, tan sencilla, tan sin particular, tan indiferente para todos, menos para los zamoranos, trajo á nuestra memoria la concesión de otro cuartel también de caballería, y suponemos que con su correspondiente pajar, conseguida por el bloque cartagenero de las izquierdas, gracias á los valiosos oficios de su dirección y

geniuo representante en el Gobierno de S. M.

Qué, ¿quién lo sabía usted? ¡Claro; si ya hemos dicho que nadie se ocupó en darle publicidad! Por eso vamos nosotros á hacerlo ahora, que nunca es tarde si la dicha es buena, y ésta no cabe duda que lo es.

Pues, sí; nuestro hermano predilecto, el que llegó á senador vitalicio, á caballero gran cruz otra vez, y nada menos, que á ministro de la Corona, gracias á haberse hecho bloquista—según afirmaba en el mes de Febrero «La Tierra»,—aprovechando la favorable circunstancia de no tener que pedirlo, sino de quererlo dar—por ser él la verdadera *lía Javiera*,—cedió á nuestro Ayuntamiento el antiguo cuartel de Caballería del Rey, realizando así uno de los números del programa administrativo del bloque, que lo quería y lo pidió para emplazar en su perímetro un mercado monumental.

La concesión, se hizo; el ministro bloquista, pues cumplió por su parte y ahora sólo falta que se emprendan los trabajos, siquiera sea preliminarmente para hacer efectiva tan importante mejora.

¿Qué hace, pues el Ayuntamiento? ¿Qué hacen el alcalde y el bloque, que no lo hacen?

Y, sobre todo, ¿qué dice de esto «La Tierra»?

Esperemos la contestación, y, por si acaso, nos sentaremos...

Los ferroviarios

Madrid 17-9 m.

Comunican de París que Mr. Briand ha escrito á los huelguistas, manifestándoles que los recibirá para que le expongan las condiciones y deseos que quieran para que cesen en la actitud de rebeldía que tienen contra las compañías.

Los huelguistas han acudido al llamamiento de Mr. Briand, declarándole que les pusiera en contacto con las compañías para llegar á un arreglo.

Virutas

«¿Quién nos hablará ahora del portugués *finchado* y bravucón? ¿Cuál será el cronista que nos contará la célebre aventura del portugués, que desde el fondo del pozo perduraba la vida á quien lo sacara de las profundidades en que se encontraba?»

Estas preguntas hace en «La Tierra» de ayer «Un periodista provinciano.»

Y á ellas contesta el gobierno portugués del siguiente modo.

«Los hombres que han fundado y están

organizando la República portuguesa, no aspiran á llevar á España su influencia.»

Gracias, generosos y desprendidos portugueses.

Estábamos con el alma en un hilo, pensando que nos influenciarían.

Pero no; nos perdonan la vida.

Genio y figura.

D. A. A. Carrión, Alcalde por la gracia del Bloque y Jefe de la Junta local de Sanidad, publicó un bando en 1.º de Septiembre último.

La mayoría de las instrucciones sanitarias que en él se ordenaban están incumplidas.

Y no estaban mal redactadas.

Y el mismo firmante del bando, decía que todo era fácil de hacer «si todos, y cada uno cumplimos con nuestro deber.»

Pero empezó él y sigue sin cumplir con el suyo.

Y el vecindario le imita fielmente.

Y así anda ello!

Y decía el autor del bando:

«Pues siendo el cólera un justo castigo al olvido de preceptos higiénicos.»

Usted lo ha dicho don Apolinario.

El cólera llega á una población, tropieza con uno que se ha olvidado de los preceptos higiénicos y lo *en-virgula*.

Y le dice como en «Los Aparecidos»:

¡Toma, por morral!

«Estas prescripciones serán inexorablemente cumplidas por todos.»

No, D. Apolinario.

Eso no se dice así.

Se debía decir: «El cumplimiento de esas prescripciones será exigido inexorablemente á todos.»

Y hubiera estado más en razón.

Sobre todo si se hubiese cumplido.

Empezando por Ud.

Que era el más obligado.

Pero claro, no podía resultar bien la cosa.

«Al vecindario confiamos la más eficaz defensa», decía el bando.

Y se necesita sencillez, para poner el pander en tales manos.

Así puede ser Alcalde cualquiera.

Si cuenta, con que *inexorablemente* todos han de cumplir con su deber.

Para serlo en forma, no es preciso que los demás cumplan con sus deberes.

Basta con que él sepa cumplir con el suyo.

Y ya meterá en cintura á los demás.

Y terminaba diciendo:

«Así lo espera quien aspira á merecer la honra con que ha sido investido.»

Pues puede seguir esperando.

Por ahora no asciende y sigue siendo lo mismo.

¡Aspirante!

El Cortijano recibió ayer, en su primer teatro, muestras de desagrado de parte del público.

Y con muchísima razón.

En su brindis, dijo que era de Valencia.

Y la indignación brotó espontánea en los oyentes.

Y le dieron una silba.

¿Forastero y venir á terear á Cartagena? decía.

¡Aquí, donde hay tantos maletas!

GARLOPA SEGUNDO.

DE SOCIEDAD

Ha salido para los Baños de Fortuna acompañado de su bella hija nuestro querido amigo el Ingeniero de Minas D. Ginés Moncada Ferro.

Acompañado de su distinguida familia ha marchado á la Corte nuestro querido amigo el farmacéutico don Joaquín Ruiz Stengre.

Bien venido.

Le deseamos un feliz viaje.

Ha regresado de Madrid nuestro querido amigo el farmacéutico don Joaquín Ruiz Stengre.

Bien venido.

Se posesionó de su destino en esta segunda brigada, como jefe de Estado Mayor de la misma, nuestro amigo y paisano el comandante de expresado cuerpo, D. Alejandro Augusto Palma.

Las manifestaciones ferreristas

De la «Correspondencia Militar», copiamos lo siguiente:

Hemos leído atentamente las informaciones de muchas periódicos, y también las muestras, con referencia á los actos conmemorativos de la ejecución de Francisco Ferrer Guardia, y sólo una cosa satisfactoria hemos visto en ellas: que no han habido desórdenes que lamentar. En lo demás, las mismas falsedades, iguales apasionamientos, idénticas injustas imputaciones que, de un año á esta parte, han venido resonando en los escanios del Congreso, en las columnas de cierta prensa y en las renouelas de determinados elementos políticos y sociales. En la superficie, con toda claridad, y aún con toda brutalidad, acusaciones de asesinato fulminadas contra los Sres. Maura y La Cierva; un poco más abajo, pero con harta transparencia, la infame y cobarde acusación de que en el asesinato de Ferrer actuó de sumiso y cruel instrumento un tribunal militar constituido por caballeros, hombres de honor y de conciencia, obligados también á la pureza de conducta por un juramento á la bandera, por la práctica de las más austeras virtudes y por la devoción y el respeto al prentigo de su uniforme. No nos toca hacer la defensa de los Sres. Maura y La Cierva, cien veces lo hemos dicho ya: ellos se han defendido, demostrando palmariamente, según pensamos, que en el asunto Ferrer cumplieron los deberes que su posición les imponían. Pero ante los nuevos ultrajes inferidos, no al tribunal militar que enjuició los sucesos de la se-

La prensa militar

De la «Correspondencia Militar», copiamos lo siguiente:

Hemos leído atentamente las informaciones de muchas periódicos, y también las muestras, con referencia á los actos conmemorativos de la ejecución de Francisco Ferrer Guardia, y sólo una cosa satisfactoria hemos visto en ellas: que no han habido desórdenes que lamentar. En lo demás, las mismas falsedades, iguales apasionamientos, idénticas injustas imputaciones que, de un año á esta parte, han venido resonando en los escanios del Congreso, en las columnas de cierta prensa y en las renouelas de determinados elementos políticos y sociales. En la superficie, con toda claridad, y aún con toda brutalidad, acusaciones de asesinato fulminadas contra los Sres. Maura y La Cierva; un poco más abajo, pero con harta transparencia, la infame y cobarde acusación de que en el asesinato de Ferrer actuó de sumiso y cruel instrumento un tribunal militar constituido por caballeros, hombres de honor y de conciencia, obligados también á la pureza de conducta por un juramento á la bandera, por la práctica de las más austeras virtudes y por la devoción y el respeto al prentigo de su uniforme. No nos toca hacer la defensa de los Sres. Maura y La Cierva, cien veces lo hemos dicho ya: ellos se han defendido, demostrando palmariamente, según pensamos, que en el asunto Ferrer cumplieron los deberes que su posición les imponían. Pero ante los nuevos ultrajes inferidos, no al tribunal militar que enjuició los sucesos de la se-

Olivier Coronat se preguntaba con cierta curiosidad qué podía significar la extraña conducta del detective.

¿Qué motivos le habían impulsado á intentar asesinar á León? ¿Cómo tenía en su poder planos que, según el mismo León, se referían á Mercury's Park?

Eran estas cuestiones que Olivier no podía resolver.

¿Pero qué había sido del desgraciado León?

El *New York Herald* decía que no habían podido encontrar sus huellas.

Además del carño que le inspiraba León, había otro motivo que le impulsaba á buscarle. Olivier Coronat deseaba conocer los papeles secretos que llevaba el detective y las notas sobre Mercury's Park, sobre William Bolyn y sobre el ingeniero Háttison.

Si, como lo decía en su carta, León había podido sorprender el contenido de los mismos, podría seguramente indicarle el sitio exacto de los misteriosos arsenales ocultos en los desiertos de las Montañas Roquias.

En seguida vería lo que tenía que hacer.

Se sentía muy decidido á interarlo todo para penetrar en aquel arsenal y sorprender los designios criminales de aquella conspiración de millonarios americanos.

XVI

Corría el tren á lo largo de inmensas llanuras, sembradas de maíz, en el que la brisa abre móviles surcos y olas incessantes que se extienden hasta el horizonte é inspiran la ilusión de un océano de oro líquido. En el vagón en que se hallaba instalado Olivier Coronat contemplaba absorto el paisaje con la cabeza apoyada en la mano.

Corría el tren coronado por un largo penacho de humo; subía colinas, bajaba cuevas, pasaba puentes inverosímiles por su atrevimiento y cruzaba con la rapidez del relámpago por delante de las estaciones. Era el tren rápido del Far West.

Acaso sucumbiría en la lucha. Háttison había dado la medida de su crueldad y de su desprecio de las existencias humanas. Olivier debía contar, con que, si se sorprendían, sería ejecutado de un modo sumario.

Pero esta perspectiva no le asustaba.

Consideraba esta contingencia con todo el dedito y la confianza en sí mismo propios de su enérgica juventud, y también con todo el orgullo que experimentaba al verse allí constituido en único defensor de la vieja Europa, amenazada en su existencia por la feroz ambición de algunos industriales embriagados de orgullo y de dinero.

Pero él, Olivier Coronat, estaba dispuesto á sacrificar su vida si era necesario por la salvación del universo intelectual y del progreso de la humanidad, amenazados por la sed del oro y la omnipotencia del mismo.